



EL MAPA DE LOS DÍAS

LA CUARTA NOVELA DE

EL HOGAR DE MISS PEREGRINE

PARA NIÑOS PECULIARES



RANSOM RIGGS



EL
MAPA
DE LOS
DÍAS

RANSOM RIGGS

Traducción de Victoria Simó


ALFAGUARA

El mapa de los días

A Map of Days, The Fourth Novel of Miss Peregrine's Peculiar Children

Primera edición en España: marzo, 2019

Primera edición en México: abril, 2019

D. R. © 2018, Ransom Riggs

D. R. © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona

D. R. © 2019 derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Bld. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,

Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © 2019, Victoria Simó Perales, por la traducción

Página 431: fotografía perteneciente a la colección de David Bass

Página 449: fotografía perteneciente a la colección de Erin Waters

D. R. © 2018, Chad Michael Studio, por el diseño del logo

del sello de las páginas 449 y 451, y la cubierta.

Edición original: Julie Strauss-Gabel

Diseño de Anna Booth

Fuente tipográfica: Sabon LT Pro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro

(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,

<https://www.cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-753-5

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares o hechos son producto de la imaginación del autor o se han usado con fines ficcionales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, negocios, empresas, hechos o lugares es una mera coincidencia.





Prólogo

Jamás he dudado tanto de mi cordura como aquella primera noche, cuando la mujer pájaro y sus pupilos se presentaron en mi casa para rescatarme del manicomio. Ese era mi destino, apachurrado entre mis fornidos tíos en el asiento trasero del coche de mis padres, cuando un batallón de niños peculiares que parecían surgidos de mi imaginación se plantaron delante del vehículo en el camino de la entrada, iluminados por las luces largas como un batallón de ángeles.

Frenamos en seco. Una nube de polvo borró el mundo al otro lado del parabrisas. ¿Había creado yo la imagen, un trémulo holograma proyectado desde las profundidades de mi cerebro? Cualquier cosa se me antojaba más plausible que el hecho de que mis amigos estuvieran allí, en ese momento. Los peculiares se las ingenian para hacer posible lo imposible, pero si algo tenía claro era que viajar a mi casa suponía para ellos una empresa irrealizable.

Abandoné el Acre del diablo por decisión propia. Opté por volver a mi hogar, aun sabiendo que los peculiares no podrían seguirme. Albergaba la esperanza de que mi regreso me ayudara a anudar los cabos sueltos de mi vida: lo normal y lo peculiar, lo ordinario y lo extraordinario.



Otra empresa irrealizable. Mi abuelo intentó igual que yo enlazar sus dos vidas y fracasó. Acabó aislado tanto de su familia peculiar como de la ordinaria. Al negarse a escoger una existencia o la otra, se condenó a perderlas ambas: igual que me iba a suceder dentro de nada.

Cuando levanté la vista, atisé una figura que se aproximaba a nosotros entre el polvo que se posaba.

—¿Y tú quién eres, si se puede saber?— le espetó mi padre.

—Alma LeFay Peregrine— respondió ella—. Actual dirigente del Consejo Ymbryne y directora de estos niños peculiares. Nos hemos visto anteriormente, pero no creo que lo recuerde. Niños, saluden.

Uno

Qué rara es la mente. Asimila ciertas cosas con facilidad y se niega a aceptar otras. Yo acababa de sobrevivir al verano más surrealista de mi vida. Había viajado a épocas remotas, domesticado monstruos invisibles; incluso me había enamorado de la antigua novia de mi abuelo, que vivía atrapada en el tiempo... Y únicamente ahora, en un presente ordinario, en una colonia de Florida, me costaba creer lo que veían mis ojos.

Allí estaba Enoch, desparramado en nuestro sofá beige, tomando Coca-Cola en el vaso de los Tampa Bay Buccaneers de mi padre; y Olive, que se desataba los cordones de los zapatos para flotar hasta el techo y columpiarse en círculos colgada del ventilador; allí estaban Horace y Hugh, en la cocina, Horace curioseando las fotos del refrigerador mientras Hugh se preparaba un tentempié; y Clare, boquiabierta por partida doble ante el gran monolito negro del televisor de pared; y Millard, entretenido con las revistas de decoración de mi madre, que parecían subir flotando desde la mesita baja y luego abrirse por sí mismas, las huellas de sus pies desnudos impresas sobre la alfombra. Una confluencia de mundos con la que había fantaseado mil veces, pero que no me atrevía a soñar posible. Y sin embargo la tenía delante: el antes y el después, colisionando con la potencia de dos planetas.

Millard ya había intentado explicarme cómo habían conseguido llegar a mi casa sanos y salvos. El colapso del bucle que había estado a punto de costarnos la vida en el Acre del Diablo había reiniciado sus relojes internos. No acababa de entender por qué, pero sabía que ya no corrían peligro de sufrir un catastrófico envejecimiento instantáneo si permanecían demasiado tiempo en el presente. Envejecerían día a día, igual que yo, la deuda de los años al parecer condonada, como si no hubieran pasado buena parte del siglo XX reviviendo una misma jornada soleada. Sin duda se trataba de un milagro —un caso sin precedentes en la historia peculiar— y pese a todo el prodigio no me parecía tan increíble como el hecho de que estuvieran aquí: de tener a Emma junto a mí, tan fuerte y encantadora como siempre, su mano entrelazada con la mía, sus ojos verdes resplandecientes mientras observaba la sala, asombrada. Emma, que había poblado mis sueños en las largas y solitarias semanas transcurridas desde mi regreso a casa. Llevaba un recatado vestido gris por debajo de las rodillas, zapatos planos y recios para poder salir corriendo en caso de ser necesario, el cabello rubio oscuro recogido en una coleta. Décadas de ineludible responsabilidad la habían tornado práctica hasta la médula, pero ni la obligada prudencia ni el peso de los años que llevaba a costas habían conseguido apagar esa chispa infantil que le prestaba una luz tan intensa. Era dura y tierna a un tiempo, ácida y dulce, adulta y casi una niña. Su capacidad de albergar tantas facetas distintas era lo que más me gustaba de ella. Su alma era insondable.

—¿Jacob?

Me estaba hablando. Quise responder, pero tenía la cabeza tan embotada como en esos sueños en los que todo discurre a cámara lenta.

Movió la mano delante de mi cara y luego hizo chasquear los dedos, un gesto que arrancó una chispa de su pulgar, como si hubiera prendido un cerillo. Sobresaltado, volví en mí.

—¡Ay! —dije—. Perdón.

—¿Dónde estabas?

—Es que... —agitó la mano como apartando telarañas en el aire—. Me alegro de verte, eso es todo.

Terminar una frase me resultaba tan complicado como abarcar diez globos con los brazos.

Su sonrisa no logró ocultar del todo una leve preocupación en su semblante.

—Ya sé que debe de ser rarísimo para ti, eso de que nos hayamos presentado aquí tan de repente. Espero que la sorpresa no te haya aturdido demasiado.

—No, no. Bueno, un poco sí —señalé con la cabeza la sala y a todos sus ocupantes. Un desorden feliz acompañaba a nuestros amigos allá donde iban—. ¿Seguro que no estoy soñando?

—¿No estaré soñando yo? —me tomé la otra mano y me la estreché, y tuve la sensación de que su calor y solidez devolvían cierta consistencia al mundo—. No sabría decirte las veces que me he imaginado a mí misma visitando esta pequeña ciudad, a lo largo de los años.

Por un momento me quedé desconcertado, pero en seguida... claro, mi abuelo. Abe había vivido en la zona desde el nacimiento de mi padre; había visto su dirección de Florida en las cartas que Emma guardaba. Su mirada se nubló como si se perdiera en sus propios recuerdos y yo noté la desagradable punzada de los celos; pero al momento me avergoncé de mí mismo. Emma tenía derecho a recordar el pasado y razones de sobra para sentirse tan aturdida como yo por la colisión de nuestros mundos.

Miss Peregrine irrumpió en la sala como un vendaval. Se había despojado de su abrigo de viaje y ahora lucía una llamativa chaqueta de tweed verde y pantalones de montar, igual que si acabara de dar un paseo a caballo. Recorrió la sala impartiendo órdenes:

—¡Olive, baje ahora mismo! ¡Enoch, quite los pies del sofá! —me indicó por señas que me acercara y señaló la cocina con un gesto—. Míster Portman, hay asuntos que requieren su atención.

Emma entrelazó el brazo con el mío para acompañarme, un gesto que le agradecí; todavía tenía la sensación de estar flotando.

—¿Qué no pueden esperar un rato para empezar a besuquearse? —nos espetó Enoch—. ¡Si acabamos de llegar!

Rauda como el rayo, Emma usó la mano libre para chamuscarle la coronilla. Enoch retrocedió palmoteándose la cabeza para sofocar el humo, y yo me reí con tantas ganas que mi mente se libró de unas cuantas telarañas.

Sí, mis amigos eran reales y estaban aquí. No sólo eso, sino que miss Peregrine había prometido que se quedarían un tiempo para aprender unas cuantas cosas del mundo moderno y disfrutar de unas vacaciones, un merecido descanso de la miseria del Acre del Diablo, que, con la desaparición del soberbio caserón de Cairnholm, se había convertido en su hogar temporal. Pues claro que podían quedarse y estaría encantado de alojarlos en mi casa. Ahora bien, ¿cuál era el plan, exactamente? ¿Qué pasaba con mis padres y mis tíos, que ahora mismo se encontraban en el garage bajo la atenta vigilancia de Bronwyn? La magnitud de la situación me sobrepasaba, así que decidí hacer a un lado las cuestiones prácticas, de momento.

Miss Peregrine charlaba con Hugh junto al refrigerador abierto. Desentonaban a más no poder entre el acero inoxidable y las superficies despejadas de la moderna cocina de mis padres, como actores que se hubieran confundido de escenario. Hugh agitaba un paquete de palitos de queso envueltos en plástico.

—¡Pero aquí sólo hay comida rara y llevo siglos sin probar bocado!

—No exagere, Hugh.

—No exagero. Corre el año 1886 en el Acre del Diablo y fue allí donde desayunamos por última vez.

En ese momento, Horace salió de la despensa con aire decidido.

—Terminé el inventario y estoy francamente sorprendido. Un sobre de bicarbonato, una lata de sardinas en sal y una caja de

harina para galletas infestada de gorgojo. ¿El gobierno les raciona la comida? ¿Están en guerra?

—Compramos mucha comida para llevar —expliqué, caminando a su lado—. Mis papás casi nunca cocinan.

—¿Y para qué quieren una cocina tan despampanante? —se extrañó Horace—. Por más que yo sea un cocinero excelente, no puedo crear algo de la nada.

Lo cierto es que mi padre vio la estufa en una revista de diseño y decidió que la quería para su casa. Intentó justificar el gasto prometiendo que aprendería a cocinar y prepararía cenas familiares para chuparse los dedos; pero, como tantos otros planes suyos, su entusiasmo se apagó después de unas pocas clases. Así que ahora tenemos una estufa carísima que se usa más que nada para descongelar cenas precocinadas y calentar restos del día anterior. Pero en lugar de explicar todo eso, me encogí de hombros.

—No creo que se vaya a morir de hambre en los próximos cinco minutos —dijo miss Peregrine antes de empujar a Horace y a Hugh al pasillo.

—Vamos a ver. Parecía un poco aturdido hace un rato, mister Portman. ¿Se siente mejor?

—Me voy recuperando —reconocí, un poco avergonzado.

—Puede que esté sufriendo un ligero síndrome transbucle —caviló miss Peregrine—. Con cierto retraso en su caso. Es completamente normal entre los viajeros temporales, particularmente entre aquellos que no están acostumbrados —me hablaba por encima del hombro, mientras se desplazaba de un lado a otro inspeccionando cada uno de los armarios—. Los síntomas carecen de importancia por lo general, aunque no siempre. ¿Cuánto hace que experimenta mareos?

—Desde que llegaron. Pero, en serio, me siento bien...

—¿Úlceras sangrantes, juanetes o migrañas?

—No.

—¿Demencia precoz súbita?

—Mmm... No, que yo recuerde.

—Un síndrome transbucle no controlado no es ninguna broma, míster Portman. Algunas personas han muerto. ¡Ah... galletas! —extrajo una caja de galletas de un armario, la agitó para sacar una y se la llevó a la boca—. ¿Caracoles en las heces? —preguntó mientras masticaba.

Me atraganté de risa.

—No.

—¿Embarazo espontáneo?

Emma retrocedió horrorizada.

—¡No hablará en serio!

—Únicamente ha sucedido una vez, que sepamos —aclaró miss Peregrine. Dejó las galletas en la encimera y me clavó los ojos—. El sujeto era un hombre.

—¡No estoy embarazado! —exclamé, alzando la voz.

—¡Gracias al cielo! —gritó alguien desde la sala.

Miss Peregrine me dio unas palmaditas en el hombro.

—Parece que todo está en orden. Pero debería haberle advertido.

—Casi mejor que no —repliqué yo. Seguro que me habría entrado la paranoia, y eso sin contar con que, si me llego a pasar el último mes haciéndome pruebas de embarazo a escondidas y buscando caracoles en mis heces, llevaría ya varias semanas internado en un hospital mental.

—Estupendo —prosiguió miss Peregrine—. Ahora, antes de relajarnos y empezar a disfrutar de la mutua compañía, tenemos que dejar algunas cosas claras —ahora se paseaba por el breve espacio que discurre entre el horno doble y el fregadero—. Punto número uno: precauciones y seguridad. He inspeccionado el perímetro de la casa. Todo parece en orden, pero las apariencias engañan en ocasiones. ¿Hay algo que deba saber acerca de sus vecinos?

—¿Como qué?

—¿Historiales delictivos? ¿Tendencias violentas? ¿Armas de fuego?

Tan sólo teníamos dos vecinos: la anciana señora Melloroos, una octogenaria en silla de ruedas que sólo salía de casa con ayuda de su enfermera de tiempo completo y una pareja alemana que pasaba buena parte del año en algún otro lugar, de modo que su casona prefabricada estaba siempre vacía salvo en invierno.

—La señora Melloroos es un poco chismosa —reconocí—. Pero siempre y cuando no haya nadie descaradamente peculiar en el jardín delantero, no creo que nos cause problemas.

—Tomo nota —asintió miss Peregrine—. Punto número dos: ¿ha percibido la presencia de algún espíritu hueco desde su regreso?

Casi me da un patatús sólo de oír esa palabra, que durante varias semanas no había asomado a mi mente ni a mis labios.

—No —respondí, apurado—. ¿Por qué? ¿Hay noticias de algún nuevo ataque?

—Nada de ataques. Ni tampoco señales de su presencia. Y eso es lo que me preocupa. Bueno, en cuanto a su familia...

—¿No cayeron todos en el Acre del Diablo y capturamos a los que quedaban? —insistí, reticente a abandonar el tema de los espíritus huecos tan deprisa.

—En absoluto. Un pequeño núcleo escapó con algunos wights después de nuestra victoria, y creemos que huyeron a Estados Unidos. Y si bien dudo de que se atrevan a acercarse a usted (me atrevería a decir que aprendieron la lección), tengo la fuerte sospecha de que están planeando algo. Extremar las precauciones nunca está de más.

—Te tienen muchísimo miedo, Jacob —apuntó Emma, orgullosa.

—¿Sí? —pregunté.

—Después de la paliza que les diste, serían tontos si no lo tuvieran —intervino Millard, cuya voz se dejó oír en un rincón de la cocina.

—Las personas educadas no escuchan detrás de las puertas —lo reprendió miss Peregrine.

—No estaba escuchando a escondidas, tenía hambre. Además, me envían para decirles que no acaparen a Jacob. Vinimos de muy lejos para verlo, ¿saben?

—Extrañaron muchísimo a Jacob —le dijo Emma a miss Peregrine—. Casi tanto como yo.

—Tal vez haya llegado el momento de que les dedique unas palabras a todos —me sugirió la directora—. Pronuncie un discurso de bienvenida. Expóngales las normas básicas.

—¿Normas básicas? —repetí—. ¿Como qué?

—Son mis pupilos, míster Portman, pero estas son su ciudad y su época. Necesitaré que me ayude para que nadie se meta en líos.

—Tú dales de comer y todo irá bien —terció Emma.

Volteé a ver a miss Peregrine.

—¿Qué iba a decir antes sobre mi familia?

No podíamos dejarlos encerrados en el garage eternamente y me estaba poniendo nervioso. ¿Qué íbamos a hacer con ellos?

—No se preocupe —me tranquilizó miss Peregrine—. Bronwyn tiene la situación controlada.

Apenas había terminado de pronunciar la frase cuando un golpe procedente del garage retumbó en toda la casa. La vibración volcó varios vasos, que cayeron de un estante y se estrellaron contra el suelo.

—Juraría que la situación acaba de salirse de control —señaló Millard.

Ya nos habíamos echado a correr.

* * *

—¡No se muevan! —gritó miss Peregrine en dirección a la sala.

Despabilado por la adrenalina, salí disparado de la cocina hacia el zaguán trasero seguido de cerca por Emma. Entramos en el garage a la carrera, sin saber qué nos íbamos a encontrar. ¿Humo? ¿Sangre? El

estruendo había sonado como una explosión, y sin duda no esperaba ver a mis padres y a mis tíos durmiendo a pierna suelta en el coche. La parte trasera del vehículo se había empotrado contra la puerta cerrada del garage y brillantes cristalitos de los faros posteriores sembraban el suelo de concreto. El motor estaba encendido, al ralentí.

De pie delante del coche, Bronwyn nos enseñó la salpicadera que le colgaba despachurrada de las manos.

—Lo siento muchísimo, no sé qué pasó —dijo, y dejó caer los hierros, que se estamparon en el suelo con un golpetazo metálico.

Consciente de que debía apagar el motor antes de que todos nos asfixiáramos, me separé de los demás y corrí hacia la portezuela del conductor. Tenía puesto el seguro. Pues claro que sí: mi familia se estaba protegiendo de Bronwyn. Seguro que estaban aterrados.

—¡Yo abriré la puerta! —se ofreció Bronwyn—. ¡Apártense!

Apoyó el pie contra la chapa y agarró la manija con ambas manos.

—¿Qué estás...? —empecé a decir, pero antes de que pudiera continuar, ella se estiró con todas sus fuerzas y arrancó la puerta de cuajo. La inercia de su peso y el impulso combinados arrancaron la portezuela de sus manos, que cruzó el garage de punta a punta antes de incrustarse en la pared trasera. El ruido fue tan intenso que noté un empujón casi físico.

—Uy, recórcholis —dijo Bronwyn en el zumbante silencio que se hizo a continuación.

El garage empezaba a parecerse mucho a las casas bombardeadas que había visto en Londres cuando la guerra.

—¡Bronwyn! —gritó Emma, asomando la cabeza entre sus brazos—. ¡Podrías habernos decapitado!

Yo me agaché hacia el hueco que antes fuera la portezuela del conductor, alargué la mano por delante de mi padre y arranqué las llaves del switch. Mi madre dormía apoyada contra mi padre, que roncaba tranquilamente. En el asiento trasero, mis tíos cabeceaban el uno en brazos del otro. A pesar del ruido, no habían movido ni

un dedo. Sólo había una sustancia capaz de inducir un sueño tan profundo: un trozo de Madre Arena molida. Cuando me incorporé, descubrí que Bronwyn sostenía una bolsita del polvillo, mientras trataba de explicar lo sucedido.

—Él tuvo la culpa —decía, señalando a mi tío Bobby—. Estaba usando su... esa cosa... —extrajo el teléfono de Bobby de su bolsillo.

—El celular —apunté.

—Sí, eso —prosiguió—. Se lo quité de las manos y todos se pusieron como locos, así que seguí las instrucciones de miss Peregrine...

—¿Usó la arena? —preguntó ésta.

—Se la soplé directamente a la cara, pero no se durmió al momento. El papá de Jacob arrancó el coche y en vez de avanzar hacia delante avanzó... —Bronwyn señaló con un gesto la puerta abollada del garaje, sin palabras para describir el desastre.

Miss Peregrine le dio unas palmaditas en el brazo.

—Sí, querida, ya lo veo. Hizo lo que tenía que hacer.

—Sí —intervino Enoch—. Lo que tenía que hacer para derribar la casa.

Nos dimos la vuelta y vimos a los demás apiñados en el zaguán, mirándonos.

—Les dije que no se movieran —los regañó miss Peregrine.

—¿Después de oír ese golpazo? —protestó Enoch.

—Lo siento, Jacob —dijo Bronwyn—. Estaban muy enojados y no sabía qué hacer. No los habré lastimado, ¿verdad?

—No creo —yo mismo había experimentado el apacible sueño que induce el polvo de Madre Arena y sabía que no se está nada mal acunado en su regazo—. ¿Me dejas ver el teléfono de mi tío?

Bronwyn me lo tendió. La pantalla estaba resquebrajada pero se podía leer. Cuando se iluminó, vi una serie de mensajes de mi tía.

¿Qué pasa?

¿Cuándo llegarán a casa?

¿Va todo bien?

En respuesta, el tío Bobby había empezado a escribir LLAMA A LA POLI y luego, seguramente, se había percatado de que podía llamarla él mismo. Pero Bronwyn le había arrebatado el teléfono antes de que pudiera hacerlo. De haber tardado un poco más, ya tendríamos aquí a un equipo de las fuerzas especiales. Se me encogió el corazón sólo de pensar con qué velocidad nuestra situación podría haber dado un giro peligroso y complicado. Qué demonios, pensé mientras pasaba la vista del coche en ruinas a las ruinas de la pared y a la ruinosa puerta del garaje. Ya se complicó.

—No se preocupe, Jacob. He afrontado situaciones mucho más peliagudas que esta —miss Peregrine rodeaba el coche, calibrando los daños—. Sus parientes dormirán como lirones hasta mañana y me atrevería a decir que nosotros deberíamos hacer lo propio.

—Y entonces ¿qué? —repliqué, nervioso. Empecé a sudar. En el garaje, sin aire acondicionado, hacía un calor sofocante.

—Cuando despertemos les borraré los recuerdos recientes y enviaré a sus tíos a casa.

—Pero ¿qué...?

—Les explicaré que somos parientes lejanos de su abuelo y que acudimos desde Europa para presentar nuestros respetos a la tumba de Abe. En cuanto a su estancia en el hospital mental, se encuentra mucho mejor y ya no precisa cuidados psiquiátricos.

—¿Y si...?

—Ah, creerán lo que les diga; los normales manifiestan una enorme capacidad de sugestión tras un borrado de memoria. Podría convencerlos de que somos visitantes de una colonia lunar.

—Miss Peregrine, por favor, deje de hacer eso.

Sonrió.

—Disculpe. La dirección de un hogar a lo largo de todo un siglo te enseña a prever las preguntas que te van a formular por pura necesidad. Vengan aquí, niños, tenemos que decidir el protocolo que seguiremos durante los próximos días. Hay mucho que

aprender acerca del presente. No dejen para mañana lo que pueden aprender hoy.

Salió acompañada de sus pupilos, que la asediaban a preguntas y protestas:

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —preguntó Olive.

—¿Podremos salir a explorar por la mañana? —quiso saber Claire.

—Si no como algo pronto, desapareceré de la faz de la Tierra —se quejó Millard.

Me quedé a solas en el garaje. En parte me demoré porque me sabía mal dejar allí tirada a mi familia toda la noche, pero también porque el borrado de memoria al que los iban a someter me inquietaba. Miss Peregrine parecía segura de lo que hacía, pero sin duda sería un proceso más complicado que el llevado a cabo en Londres, cuando apenas les sustrajo diez minutos de recuerdos. ¿Y si no borraba bastante o suprimía demasiado? ¿Y si mi padre olvidaba cuanto sabía sobre los pájaros o mi madre nunca más recordaba las palabras en francés que había aprendido en la universidad?

Me quedé un ratito mirando cómo dormían, mientras asimilaba el peso de ese nuevo cargo de conciencia. Tenía la desagradable sensación de haber crecido de golpe, mientras que mi familia —vulnerables, tranquilos, soltando un hilillo de baba— recordaba a un grupo de niños de corta edad.

Puede que hubiera otro modo.

Emma se asomó por la puerta abierta.

—¿Está todo bien? Si la cena no aparece pronto, los niños se van a sublevar.

—No sé si dejarlos —respondí, señalando con un gesto a los ocupantes del vehículo.

—No van a ir a ninguna parte y no creo que precisen vigilancia. A juzgar por la dosis que recibieron, dormirán como troncos hasta mediodía.

—Ya lo sé. Es que... me siento mal.

—No tienes motivos —se acercó hasta detenerse a mi lado—.

Tú no tuviste la culpa. En absoluto.

Asentí.

—Me entristece, nada más.

—¿Qué?

—Que el hijo de Abe Portman nunca llegue a saber hasta qué punto su papá era especial.

Emma tomó mi brazo y se rodeó los hombros con él.

—Me parece mil veces más triste que nunca llegue a saber hasta qué punto es especial su hijo.

Me estaba inclinando para besarla cuando el teléfono de mi tío zumbó en mi bolsillo. Ambos nos sobresaltamos y yo rescaté el dispositivo para leer el nuevo mensaje de mi tía.

¿Ya está en el loquero el chiflado de J?

—¿Qué dice? —quiso saber Emma.

—Nada importante —guardé el celular y me di media vuelta hacia la puerta. Súbitamente, dejar a mi familia en el garaje toda la noche no me parecía tan mal—. Anda, vamos a ocuparnos de la cena.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Ya lo creo.

Apagué las luces al salir.

* * *

Sugerí que pidiéramos pizza a un restaurante que repartía hasta bien entrada la noche. Tan sólo unos cuantos de mis amigos conocían la pizza y el reparto a domicilio era un concepto totalmente nuevo para ellos.

—¿La preparan en otra parte y te la llevan a casa? —se horrorizó Horace, como si le escandalizara la idea.

—Pizza... ¿Es cocina floridana? —preguntó Bronwyn.

—En realidad no —respondí—. Pero les gustará, ya lo verán.

Hice un pedido inmenso y todos nos acomodamos en los sofás y las sillas de la sala a esperar la entrega. Miss Peregrine me susurró al oído:

—Me parece que llegó el momento de pronunciar el discurso del que hablábamos antes.

Sin esperar respuesta, carraspeó y anunció a los presentes que yo tenía algo que decirles. Así que me levanté e improvisé, un tanto incómodo:

—Me alegro muchísimo de que estén todos aquí. No tengo claro si saben adónde me llevaba mi familia esta noche, pero no era un sitio agradable. O sea... —titubeé—. O sea, puede que a algunas personas les siente bien pasar allí una temporada, si acaso sufren verdaderos problemas mentales, pero..., en resumen, me salvaron el trasero.

Miss Peregrine frunció el ceño.

—Fuiste tú el que nos salvaste el... pellejo —dijo Bronwyn, mirando de reojo a la directora—. No hicimos nada más que devolverte el favor.

—Pues muchas gracias. Cuando los vi llegar, pensaba que estaba soñando. Llevo soñando con su visita desde que nos conocimos. No podía creer que estuviera sucediendo de verdad. Da igual, el caso es que están aquí y espero que se sientan tan a gusto como me hicieron sentir a mí cuando me alojé en su bucle —asentí y miré al suelo, presa de una repentina timidez—. En fin, básicamente, encantado de tenerlos aquí, los quiero, chicos, fin del discurso.

¡Nosotros también te queremos! —exclamó Claire, y se levantó de un salto para correr a abrazarme. Al momento Olive y Bronwyn la imitaron y pronto me habían envuelto en un abrazo tan estrecho que casi no podía respirar.

—Estamos tan contentos de estar aquí —dijo Claire.

—Y no en el Acre del Diablo —añadió Horace.

—La vamos a pasar en grande —canturreó Olive.

—Sentimos haber destrozado una parte de tu casa —dijo Bronwyn.

—¿Cómo que «sentimos»? —protestó Enoch.

—No puedo respirar —jadeé yo—. Aprietan demasiado...

El grupo me dejó espacio suficiente para que pudiera tomar aire, momento que Hugh aprovechó para colarse en el hueco y clavarme un dedo en el pecho.

—Eres consciente de que falta gente, ¿no? —una abeja solitaria zumbó a su alrededor dibujando círculos inquietos. Los demás retrocedieron para hacerles sitio a Hugh y a su crispada abeja—. Antes dijiste que te alegrabas de tenernos a todos aquí. Pues bien, no estamos todos.

Tardé un momento en comprender a qué se refería. Cuando caí en la cuenta, me sentí avergonzado.

—Lo siento, Hugh. No pretendía dejar fuera a Fiona.

Él se miró los peludos calcetines a rayas.

—A veces tengo la sensación de que todos la han olvidado excepto yo —le temblaba el labio inferior. Apretó los puños para contener las lágrimas—. No está muerta, ¿sabes?

—Espero que tengas razón.

Me miró a los ojos, desafiante.

—No lo está.

—De acuerdo, no lo está.

—La extraño muchísimo, Jacob.

—Todos la extrañamos —le aseguré—. No pretendía dejarla fuera y no la he olvidado.

Disculpa aceptada —dijo Hugh. Enjugándose las lágrimas, dio media vuelta y abandonó la sala.

—Aunque no lo creas —observó Millard pasado un instante—, lo que acaba de hacer supone un progreso.

—Casi nunca habla —añadió Emma—. Está enojado y se niega a aceptar la realidad.

—¿No consideran siquiera la posibilidad de que Fiona siga viva en alguna parte? —pregunté.

—Yo la calificaría de altamente improbable —fue la respuesta de Millard.

Con una mueca compungida, miss Peregrine se llevó un dedo a los labios —había estado planeando sobre nosotros por la habitación— y posándonos la mano en la espalda, nos animó a formar un grupo de privacidad.

—Dimos aviso a todos los bucles y comunidades de peculiares con los que mantenemos contacto —explicó con voz queda—. Hemos distribuido comunicados, boletines, fotografías, descripciones detalladas. Incluso envié a la paloma mensajera de miss Wren a buscar a Fiona por los bosques. De momento, sin resultado.

Millard suspiró.

—Si la pobrecita estuviera viva, ¿no creen que se habría puesto en contacto con nosotros, a estas alturas? No somos difíciles de encontrar.

—Supongo —asentí—. Pero ¿alguien ha buscado su... este...?

—¿Su cadáver? —apuntó Millard.

—Millard, por favor —lo reprendió la directora.

—¿Fue una desconsideración por mi parte? ¿Debería haber escogido un término menos preciso?

—Será mejor que se calle —gruñó miss Peregrine.

Millard no carecía de sentimientos; sencillamente tendía a pasar por alto los sentimientos de los demás.

—La caída que seguramente mató a Fiona —informó Millard— se produjo en el bucle de la casa de fieras de miss Wren, que ya se desplomó. Si acaso su cuerpo estaba allí, es imposible recuperarlo.

—He estado sopesando si celebrar un funeral —confesó miss Peregrine—. Pero no puedo ni sacar el tema a colación sin que Hugh caiga en la depresión. Temo que si lo presionamos demasiado...

—Ni siquiera quiere adoptar nuevas abejas —añadió Millard—. Dice que no las querría tanto si no hubieran conocido a Fiona, así que sólo le queda una, y de edad cada vez más avanzada.

—Por lo que cuentan, este cambio de escenario le sentará muy bien —opiné.

En ese momento sonó el timbre. Y justo a tiempo, puesto que el ambiente de la sala se estaba tornando más y más sombrío por momentos.

Claire y Bronwyn intentaron seguirme al recibidor, pero miss Peregrine las detuvo con un grito.

—¡Ni soñarlo! ¡Aún no están listas para hablar con los normales!

Yo no pensaba que recibir al repartidor de pizzas pudiera suponer un gran riesgo... hasta que abrí la puerta y vi a un chico que conocía de la escuela sosteniendo un montón de pizzas en precario equilibrio.

—Noventa y cuatro con sesenta —murmuró antes de levantar la cabeza, sorprendido—. Ah, caray. ¿Portman?

—Justin. Qué tal.

Se llamaba Justin Pamperton, pero todo el mundo lo llamaba Pampers, como una marca de pañales súper conocida. Era uno de los viciosos que vagaban con el monopatín por los estacionamientos de la escuela.

—Tienes buen aspecto —dijo—. ¿Estás mejor y así?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, aunque en realidad no quería saberlo, así que conté el dinero y se lo entregué tan deprisa como pude. (Hacía un rato había saqueado el cajón de los calcetines de mis padres, donde siempre guardaban un par de cientos de billetes para emergencias.)

—Corre el rumor de que te volviste loco. No te ofendas.

—Este... no —repliqué—. Estoy perfectamente.

—Estupendo —dijo, asintiendo como un muñeco cabezón—.

Porque me contaron que...

Se interrumpió en mitad de la frase. En la sala, alguien reía a carcajadas.

—Amigo, ¿estás celebrando una fiesta?

Le arrebaté las pizzas y le planté los billetes en la mano.

—Algo así. Quédate con el cambio.

—¿Con chicas? —intentó asomarse al interior, pero le bloqueé la vista—. Salgo dentro de una hora. Podría conseguir cervezas y...

Jamás en toda mi vida he tenido tanta prisa por echar a alguien de mi casa.

—Lo siento, es una movida privada y así.

Me miró con admiración.

—Qué callado te lo tenías, amigo —levantó una mano para chocarme los cinco, se percató de que yo no podía a causa de las pizzas y me dio un golpecito con el puño—. Te veo dentro de una semana, Portman.

—¿Dentro de una semana?

—En clase, amigo. ¿En qué planeta vives?

Se alejó trotando hacia su coche, que lo esperaba con el motor encendido. Mientras tanto, negaba con la cabeza y reía para sí.

* * *

La llegada de la pizza cortó la conversación y, durante tres minutos seguidos, únicamente se oyeron chasquidos de labios y alguno que otro gruñido satisfecho. Yo aproveché el respiro para rumiar las palabras de Justin. Las clases empezaban dentro de una semana y, no sé ni cómo, lo había olvidado por completo. Antes de que mis padres decidieran que estaba mal de la cabeza e intentaran encerrarme, yo había decidido volver a la escuela. Tenía pensado seguir estudiando el tiempo necesario para graduarme y luego escapar a Londres para poder estar con Emma y los demás. Pero ahora esos mismos amigos que creía tan lejos y ese mundo que me parecía tan inaccesible habían llamado a mi puerta y, de la noche a la mañana, todo había cambiado. Mis amigos eran libres de deambular por donde (y cuando)

quisieran. ¿De verdad sería capaz de aguantar interminables clases, almuerzos y asambleas obligatorias durante todo el día sabiendo que ellos me estaban esperando?

Puede que no, pero tampoco estaba en condiciones de decidirlo ahora mismo, con una porción de pizza en el regazo, aún aturdi-do ante la idea de que todo eso fuera posible siquiera. Faltaba una semana para el comienzo de las clases. Había tiempo. De momento no tenía que hacer nada más que disfrutar la compañía de mis compañeros.

—¡Es lo mejor que he probado en mi vida! —anunció Claire con la boca llena de queso fundido—. ¡Pienso cenar esto mismo todas las noches!

—No si quieres seguir viva dentro de una semana —advirtió Horace, que retiraba las aceitunas de su porción con meticulosa precisión—. Hay más sodio en una ración de este alimento que en todo el Mar Muerto.

—¿Te da miedo engordar? —se rio Enoch—. Horace gordito. Me gustaría verlo.

—Me da miedo hacer panza —respondió Horace—. Mi ropa está confeccionada a la medida, a diferencia de los sacos de harina que tú te pones encima.

Enoch echó un vistazo a su atuendo: camisa gris con cuello tipo Mao debajo de un chaleco negro, pantalones deshilachados y zapatos de piel que habían perdido el lustre hacía tiempo.

—Todo procede de *Parí* —dijo, exagerando el acento francés—. Me lo regaló un sujeto muy elegante que ya no lo necesitaba.

—Se lo arrebataste a un muerto —lo acusó Claire con una mueca de asco.

—Las funerarias son las mejores boutiques de segunda mano del mundo —alegó Enoch al tiempo que tomaba un enorme bocado de pizza—. Sólo tienes que coger la ropa antes de que su dueño empiece a rezumar.

—Vaya, a la goma mi apetito —resopló Horace, que dejó el plato en la mesa baja.

—Recoja eso y acábeselo —lo regañó miss Peregrine—. La comida no se tira.

Suspirando, Horace recuperó el plato.

—A veces envidio a Nullings. Podría engordar cincuenta kilos y nadie se daría cuenta.

—Soy esbelto como un junco, para que te enteres —objetó Millard, y emitió un sonido que todos interpretamos como una palmada contra su barriga desnuda—. Compruébalo tu mismo, si no me crees.

—Paso, gracias.

—Por el amor de los pájaros, vístase, Millard —ordenó miss Peregrine—. ¿Qué le he dicho sobre la desnudez injustificada?

—¿Y qué importa si nadie me ve? —replicó él.

—Es de mala educación.

—¡Pero hace mucho calor aquí adentro!

—Ahora, míster Nullings.

Millard se levantó y farfulló algo contra el puritanismo mientras se alejaba como un soplo de aire. Regresó un minuto más tarde con una toalla de baño atada a la cintura de prisa y corriendo. Tampoco en esta ocasión miss Peregrine aprobó su decisión, y lo envió por donde había venido. Cuando regresó por segunda vez, Millard se había agenciado las prendas más abrigadoras de mi armario: botas de montaña, pantalones de lana, abrigo, bufanda, gorro y guantes.

—Millard, vas a morir de un golpe de calor —le advirtió Bronwyn.

—Así, al menos, nadie tendrá que imaginarme en mi estado natural —se defendió. Su gesto no pretendía sino fastidiar a la directora, quien anunció que había llegado el momento de efectuar una segunda ronda de seguridad y abandonó la habitación.

Las carcajadas que muchos estábamos conteniendo estallaron libremente.

—¿Vieron qué cara puso? —dijo Enoch—. ¡Quería matarte, Nullings!

La dinámica entre los niños y miss Peregrine había cambiado. Ahora el comportamiento de ellos recordaba más al de auténticos adolescentes; empezaban a desafiar su autoridad.

—¡Son unos maleducados! —se enfadó Claire—. Paren ahora mismo.

Bueno, algunos seguían siendo tan obedientes como siempre.

—¿No les agota tener que aguantar sermones por cada cosita de nada? —preguntó Millard.

—¡Por cada cosita de nada! —repitió Enoch, y estalló en carcajadas de nuevo—. Millard tiene una... ¡ay!

Claire acababa de asestarle un mordisco en el hombro con la boca trasera. Mientras Enoch se frotaba la piel dolorida, ella replicó:

—No, no me agota. Y no entiendo que tengas que estar desnudo sin motivo en presencia de las chicas.

—Tonterías —exclamó Millard—. ¿A alguien más le molesta?

Todas las chicas levantaron la mano.

Él suspiró.

—Muy bien, pues. Me cuidaré de ir vestido de la cabeza a los pies en todo momento, no vaya a ser que alguna se sienta ofendida por las realidades más básicas de la biología.

* * *

Seguimos charlando. Teníamos muchísimo que contarnos. Recuperamos tan pronto la vieja camaradería que más bien parecía que lleváramos unos días sin vernos, en lugar de las casi seis semanas transcurridas. Habían sucedido un montón de cosas en ese tiempo —a ellos, al menos—. Si bien Emma me había puesto al corriente de algunas noticias en sus cartas, se turnaron para narrarme las aventuras que habían vivido en distintos parajes peculiares con

ayuda del panbucleticón, aunque sólo se habían desplazado a bucles preexplorados y declarados seguros por las ymbrynes, puesto que aún no tenían claro el destino de todas las puertas.

Habían visitado un bucle de la antigua Mongolia en el que vivía un pastor peculiar que hablaba la lengua de las ovejas, y me contaron que guiaba el rebaño sin recurrir a un cayado ni a un perro, únicamente mediante el sonido de su voz. Olive habló con entusiasmo de un bucle del Atlas, las montañas de África del Norte, donde encontraron una aldea en la que todos los peculiares podían flotar como ella. Habían instalado redes por todo el pueblo para que la gente pudiera atender sus asuntos sin tener que bajar todo el tiempo, y rebotaban de acá para allá como acróbatas en gravedad cero. En la Amazonia había un bucle que se había convertido también en un gran destino turístico: una fantástica ciudad selvática creada a partir de árboles, cuyas raíces y ramas se entrelazaban hasta formar carreteras, puentes y casas. Los peculiares sabían manipular las plantas igual que Fiona, un detalle tan angustiioso y abrumador para Hugh que había abandonado el bucle de prisa y corriendo para regresar cuanto antes al Acre del Diablo.

—Hacía calor y los insectos te acribillaban —reconoció Millard—, pero los habitantes eran encantadores y nos enseñaron cómo fabrican fantásticos fármacos a base de plantas.

—Y pescan con un veneno especial que aturde a los peces pero no los mata —informó Emma—. De ese modo extraen del agua los que necesitan ayudándose con palas. Brillante a más no poder.

—Y también hicimos otros viajes —dijo Bronwyn—. ¡Em, señále a Jacob las fotos!

Emma, sentada a mi lado, se levantó del sofá de un salto y corrió a buscar las instantáneas que había traído consigo. Regresó en un santiamén con las fotos en la mano, y los demás nos apiñamos en torno a la luz de la lámpara para observarlas.

—Hace muy poco que me aficioné a la fotografía, así que todavía no se me da muy bien...

—No seas modesta —le dije—. Las fotos que me enviaste con las cartas eran geniales.

—Uf, no me acordaba de ésta.

Emma no solía alardear, pero tampoco se reprimía a la hora de proclamar sus logros cuando hacía algo bien. Así pues, el hecho de que se mostrara insegura con relación a sus fotos implicaba que se había puesto el listón muy alto y aspiraba a obtener grandes resultados. Por suerte para los dos —porque soy malísimo para fingir entusiasmo— poseía un talento innato. Por otro lado, si bien la composición, la iluminación y los aspectos técnicos estaban bien (conste que no soy un entendido), era el tema lo que las hacía particularmente interesantes... y tremendas.

La primera foto mostraba a unos cuantos victorianos posando, como quien está de picnic, sobre los vertiginosos tejados de una serie de casas que parecían aplastadas por un gigante enojado.

—Un terremoto en Chile —explicó Emma—. La revelé en papel de baja calidad y, por desgracia, no ha envejecido bien fuera del Acre del Diablo.

Pasó a la siguiente imagen: un tren descarrilado y volcado. Había niños —peculiares, cabe suponer— sentados y plantados alrededor, como si la estuvieran pasando en grande.

—Un accidente ferroviario —señaló Millard—, el tren transportaba algún tipo de sustancia química inestable y pocos minutos después de tomar la foto nos retiramos a una distancia bastante segura para ver cómo se incendiaba y explotaba de un modo aterrador.

—¿Qué gracia tienen estos viajes? —quise saber—. No parece tan divertido como visitar un bucle lindo de la Amazonia, ni de lejos.





PENGUIN RAILWAYS GROUP EDITORIAL

—Estábamos ayudando a Sharon —explicó él—. ¿Lo recuerdas? ¿El barquero alto y encapuchado del Acre del Diablo? ¿Amigo de las ratas?

—¿Cómo olvidarlo?

—Está desarrollando una versión nueva y mejorada de su tour del desastre «Hambruna y Llamas» recurriendo a los bucles del Panbucleticón, y nos pidió que probáramos una versión piloto. Además del terremoto chileno y del accidente ferroviario, visitamos un pueblo de Portugal donde llovía sangre.

—¿En serio? —me horroricé.

—Yo no los acompañé —aclaró Emma.

—Hiciste bien —dijo Horace—. Tuvimos que tirar toda la ropa.

—Bueno, por lo que cuentan, estuvieron mucho más entretenidos que yo —observé—. Habré salido de mi casa seis veces cuando mucho desde la última vez que nos vimos.

—Espero que eso cambie a partir de ahora —dijo Bronwyn—. Siempre he querido conocer Estados Unidos... y el presente, en particular. ¿Nueva York está muy lejos?

—Me temo que sí —reconocí.

—Uy —exclamó, y se hundió en los almohadones del sofá con aire compungido.

—A mí me gustaría visitar Muncie, Indiana —intervino Olive—. La guía dice que, si no has visto Muncie, no has visto nada.

—¿Qué guía?

—*Planeta peculiar: Estados Unidos* —informó Olive a la vez que me mostraba un libro con una portada verde muy manoseada—. Es una guía de viajes para peculiares. Por lo que dice, Muncie fue elegido el pueblo más normal de Estados Unidos durante seis años seguidos. Es absolutamente común y corriente en todos los aspectos.

—Ese libro es del año de la canica —objetó Millard—. Dudo mucho que sea de alguna utilidad.

Olive le hizo caso omiso.

—Por lo visto, allí nunca ha sucedido nada extraordinario ni fuera de lo común. ¡Jamás!

—No todos compartimos tu interés por las personas normales —señaló Horace—. Y, en cualquier caso, seguro que está abarrotado de turistas peculiares.

Olive, que no llevaba puestos los zapatos lastrados, flotó sobre la mesita baja hasta el sofá y dejó caer la guía sobre mi regazo. Estaba abierta por la página que mostraba el único alojamiento peculiar de las inmediaciones de Muncie: una casa llamada Bocapayaso en un bucle de las afueras. Fiel a su nombre, parecía estar ubicada en el interior de una gigantesca cabeza de payaso, seguramente de papel maché.

Dejé que el libro se cerrara, presa de un escalofrío.

—No hace falta desplazarse a Indiana para ver sitios extraordinarios —les prometí—. Los hay de sobra aquí en Englewood, estoy seguro de eso.

—Los demás pueden hacer lo que quieran —decidió Enoch—. Por mi parte, pienso dedicar las próximas semanas a dormir hasta las tantas y hundir los pies en la arena calentita.

—No es mala idea —convino Emma—. ¿Hay una playa cerca de aquí?

—Al otro lado de la calle —dije.

Sus ojos se iluminaron.

—Yo odio las playas —confesó Olive—. No me puedo quitar estas estúpidas botas de metal y me pierdo toda la diversión.

—Podrías atarte a una roca cerca de la orilla —sugirió Claire.

—Maravilloso —gruñó Olive. Acto seguido, me arrancó *Planeta peculiar* del regazo y se alejó flotando a un rincón—. Tomaré un tren a Muncie y los demás váyanse al diablo.

—No hará nada parecido —miss Peregrine entró en la habitación. Me pregunté si nos habría estado escuchando a hurtadillas desde el pasillo, en lugar de hacer la ronda de seguridad que había

anunciado—. Se merecían un poco de descanso, estoy segura de que sí, pero nuestras responsabilidades no nos permiten dedicar las próximas semanas a haraganear.

—¿Qué? —protestó Enoch—. Usted dijo que veníamos de vacaciones. Lo recuerdo perfectamente.

—Unas vacaciones de trabajo. No podemos desperdiciar las oportunidades educativas que nos ofrece la estancia.

La palabra «educativas» suscitó un coro de gemidos entre los presentes.

—¿No podemos descansar por una vez? —suplico Olive—. Me va a estallar el cerebro de tanto aprender.

Miss Peregrine regañó a Olive con la mirada y se posó con elegancia en el centro de la sala.

—No quiero escuchar ni una queja más —dijo—. Dada la extraordinaria libertad de movimiento que han adquirido recientemente, son valiosísimos para los trabajos de reconstrucción. Con la preparación adecuada, algún día podrían visitar otros pueblos peculiares en calidad de embajadores. Explorar nuevos bucles y territorios. Podrían ser planificadores, cartógrafos, gobernantes y constructores, tan esenciales para la tarea de reconstruir nuestro mundo como lo fueron para la derrota del wight. ¿No les gustaría?

—Pues claro que sí —respondió Emma—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con lo que estamos hablando? Sólo queremos pasar unos días de vacaciones.

—Para poder ostentar esos cargos, deben aprender a desenvolverse por este mundo. Por el presente. Por Estados Unidos. Deben familiarizarse con sus lenguas y sus costumbres y, en último término, ser capaces de pasar por normales. Si no lo consiguen, estarán en peligro y nos pondrán en peligro a todos.

—Entonces quiere que nosotros... ¿qué? —quiso saber Horace—. ¿Asistamos a clases de normalidad?



—Sí. Quiero que aprendan lo que puedan mientras están aquí, no que se paseen todo el día pensando en las musarañas al sol. Y casualmente conozco a un maestro muy apto para la tarea —miss Peregrine volteó a mirarme y sonrió—. Míster Portman, ¿acepta el trabajo?

—¿Yo? —exclamé—. No soy lo que se dice un experto en normalidad. Si me siento tan cómodo entre ustedes, chicos, es por algo.

—Miss P tiene razón —arguyó Emma—. Serás el maestro ideal. Has vivido aquí toda la vida. Creciste pensando que eras normal, aunque seas uno de nosotros.

—Bueno, yo pensaba pasar las próximas semanas en una habitación acolchada —dije—, pero, puesto que eso no va a pasar, podría enseñarles un par de cosas, supongo.

—¡Clases de normalidad! —se emocionó Olive—. ¡Qué divertido!

—Hay mucho que aprender —avisé—. ¿Por dónde empezamos?

—Ya lo pensaremos por la mañana —decidió miss Peregrine—. Es tarde y deberíamos acostarnos.

Tenía razón. Era casi medianoche y mis amigos se habían levantado hacía veintitrés horas (y ciento treinta y tantos años). Todos estábamos agotados. Preparé camas para todos; en el cuarto de invitados, acostados en sofás, en el armario de las escobas sobre una maraña de mantas en el caso de Enoch, que prefería dormir en lugares oscuros y semejantes a nidos. Le ofrecí la cama de mis padres a miss Peregrine, pues ellos no la iban a usar, pero no la aceptó.

—Le agradezco la oferta, pero prefiero que la compartan Bronwyn y miss Bloom. Yo me quedaré haciendo guardia.

Me lanzó una mirada elocuente que venía a decir: «Y voy a estar vigilando algo más que la casa», y a mí me costó un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco con un gesto exasperado. «No se preocupe por nada —estuve a punto de espetarle—. Emma y yo queremos tomarnos las cosas con calma». Pero ¿a ella qué le importaba? Me

molestó tanto su actitud que, en cuanto se fue a arrojar a Olive y a Claire, busqué a Emma y le dije:

—¿Quieres ver mi habitación?

—Claro —respondió. A hurtadillas, nos encaminamos a las escaleras.

* * *

La voz de miss Peregrine subía flotando desde una de las habitaciones de invitados, donde cantaba una canción de cuna queda y triste. Igual que todas las canciones de cuna peculiares, era larga y patética —una saga sobre una niña cuyos únicos amigos eran fantasmas— así que disfrutaríamos de un ratito para nosotros, por lo menos, antes de que miss P acudiera a buscar a Emma.

—Mi cuarto siempre está muy desordenado —le advertí.

—Llevo semanas durmiendo con más de veinte niñas —respondió—. Estoy curada de espantos.

Subimos de prisa y corriendo a mi habitación. Encendí la luz. Emma se quedó boquiabierta.

—¿Qué son todas esas cosas?

—Ah —dije. Me pregunté si había cometido un error. Explicarle lo que estaba viendo iba a requerir un tiempo que en otras circunstancias podríamos haber empleado en fajar un rato.

Yo no tenía cosas. Tenía colecciones enteras. Y en abundancia, desplegadas por los estantes que cubrían las paredes. No me consideraba la típica persona que no tira nada —no era un acumulador compulsivo—, pero coleccionar era una de las estrategias que usaba en la infancia para lidiar con la soledad. Cuando tu mejor amigo es tu abuelo de setenta y cinco años, pasas mucho tiempo haciendo lo que hacen los abuelos y, en nuestro caso, eso se traducía en acudir a mercados callejeros cada sábado por la mañana. (Puede que el abuelo Portman fuera un héroe de guerra peculiar y un aguerrido

cazador de huecos, pero pocas cosas le emocionaban tanto como conseguir una ganga).

En cada mercado me permitía escoger un objeto que costara menos de cincuenta céntimos. Multiplica eso por varios mercado cada fin de semana. De ahí que hubiera amasado, a lo largo de una década, una enorme cantidad de viejos discos, novelas de detectives baratas con portadas tontas, revistas MAD y otras cosas que objetivamente podían considerarse cachivaches, pero que yo guardaba como tesoros por los estantes de mi habitación. Mis padres me suplicaban que eligiera unos pocos objetos y tirara los demás, pero si bien había realizado alguno que otro intento, nunca me deshacía de gran cosa. El resto de la vivienda era tan grande, moderna y aséptica que acabé por desarrollar una especie de horror a los espacios vacíos, así que, en lo concerniente a la única habitación de la casa que podía controlar en parte, la prefería llena. De ahí que, además de las atestadas estanterías, hubiera forrado una pared, del suelo al techo, con mapas y otra con viejas portadas de discos.

—Wow. ¡Te encanta la música!

Emma se despegó de mí para acercarse a la pared; la misma en que las carátulas de viejos álbumes se multiplicaban como escamas. ¿Quién me mandaba optar por una decoración tan llamativa?

—Como a todo el mundo, ¿no?

—No todo el mundo tapiza la pared con portadas de discos.

—Me gusta el rollo un tanto anticuado.

—¡A mí también! —exclamó ella—. No me gustan nada las bandas de ahora, con esas guitarras tan ruidosas y esas melenas.

Tomó una copia de *Meet the Beatles!* y arrugó la nariz.

—Ese disco salió como... ¿hace cincuenta años?

—Es lo que te decía. Pero nunca mencionaste que te gustara tanto la música —caminando junto a la pared, deslizó la mano por los discos, admirándolo todo—. Hay muchísimas cosas que no sé de ti y que me gustaría saber.

—Entiendo a qué te refieres —asentí—. Tengo la sensación de que nos conocemos muy bien en parte, pero en otros aspectos apenas si sabemos nada el uno del otro.

—Conste que hemos estado muy ocupados tratando de seguir vivos y rescatando ymbrynes y todo eso. Pero ahora tenemos tiempo.

Tenemos tiempo. Cada vez que escuchaba esas palabras, el cosquilleo eléctrico de la posibilidad me recorría el pecho.

—Pon un disco —propuso Emma, señalando la pared con un gesto—. Tu favorito.

—No sé si puedo escoger un favorito —dudé—. Hay tantos que me gustan...

—Quiero bailar contigo. Elige uno que se pueda bailar.

Sonrió. Yo recorrí mis cosas con la mirada, una vez más. Lo medité un instante y por fin me decidí por *Harvest Moon*, de Neil Young. Con cuidado, extraje el álbum de la funda, lo deposité en el tocadiscos y dejé caer la aguja entre la tercera y la cuarta canción. Se dejó oír un cálido crujido antes de que el tema escogido empezara a sonar, dulce y nostálgico. Esperaba que Emma se reuniera conmigo en el centro de la habitación, donde había despejado un pequeño espacio para que pudiéramos bailar, pero ella observaba ahora mi pared de mapas. Había capas y más capas: mapamundis, mapas de ciudades, del metro, trípticos de viejos ejemplares de *National Geographic*.

Son increíbles, Jacob.

—Antes pasaba mucho tiempo imaginando que me iba a otra parte —confesé.

—Yo también.

Se acercó a mi cama, que estaba pegada a la pared y rodeada de mapas. Caminó a gatas sobre el edredón para examinarlos.

—A veces me acuerdo de que sólo tienes dieciséis años —dijo—. Dieciséis, realmente. Y pensarlo me rompe un poquito el corazón.

Volteó a verme, asombrada.

—¿Por qué dices eso? —quise saber.

—No lo sé. Es raro. No aparentas dieciséis años.

—Y tú no aparentas noventa y ocho.

—Sólo tengo ochenta y ocho.

—Ah, bueno, ochenta y ocho sí los aparentas.

Ella se rio con ganas, sacudiendo la cabeza, y devolvió la vista a la pared.

—Ven aquí —le pedí—. Baila conmigo.

No me hizo caso. Se había desplazado a la zona de los mapas más antiguos, donde se superponían los que dibujaba con mi abuelo cuando tenía ocho o nueve años usando lo primero que encontrábamos, desde papel cuadriculado hasta cartulina. Pasamos más de un largo verano confeccionándolos, inventando símbolos cartográficos, dibujando en los márgenes seres extraños y, en ocasiones, mezclando lugares reales con otros inventados. Cuando me di cuenta de que Emma los estaba mirando, se me encogió ligeramente el corazón.

—¿Es la letra de Abe? —preguntó.

—Siempre estábamos enzarzados en algún proyecto, él y yo. En realidad era mi mejor amigo.

Emma asintió.

—También el mío —repassó con el dedo algunas de las palabras que mi abuelo había escrito, «lago Okeechobee», antes de dar media vuelta para bajar de la cama—. Pero hace mucho de eso.

Se acercó, me tomó las manos y apoyó la cabeza en mi hombro. Empezó a balancearse al compás de la música.

—Perdón —dijo—. Me agarró por sorpresa.

—No pasa nada. Pasaron mucho tiempo juntos. Y ahora estás aquí...

Noté que negaba con la cabeza. No lo estropeemos. Me solté las manos y me rodeó la cintura. Apoyó la mejilla en su frente.

—¿Todavía imaginas que estás en otra parte? —me preguntó.

—Ya no —respondí—. Por primera vez en mi vida, me siento a gusto donde estoy.

—Yo también —dijo Emma. Despegó la cabeza de mi hombro y yo la besé.

Bailamos y nos besamos hasta que terminó la canción. Al final un suave siseo flotaba en la habitación, pero seguimos bailando porque no queríamos dar el momento por terminado. Yo intentaba olvidar el extraño giro que habían dado los acontecimientos y lo que sentía cuando Emma mencionaba a mi abuelo. Ella estaba atravesando algún proceso interior y me parecía bien. Aunque no pudiera entenderlo.

De momento, me dije, solamente importaba que estábamos juntos y a salvo. Era más de lo que nunca habíamos tenido. Ningún reloj contaba las horas que faltaban para que se marchitara hasta quedar reducida a polvo. No había bombarderos que transformaran el mundo en fuego. Ningún hueco acechaba al otro lado de la puerta. No sabía qué nos depararía el futuro, pero ahora mismo me bastaba con creer que había un futuro.

Oí la voz de miss Peregrine al pie de las escaleras. Nuestra señal de alerta.

—Hasta mañana —me susurró al oído—. Buenas noches, Jacob.

Nos besamos una última vez. Noté una especie de descarga eléctrica que se extendió por todo mi cuerpo. Acto seguido se fue y, por primera vez desde la llegada de mis amigos, me quedé solo.



Esa noche apenas si pude conciliar el sueño. La culpa no la tuvieron tanto los ronquidos de Hugh, que dormía sobre un montón de mantas en el suelo, como el zumbido de mi cabeza, que vibraba de incertidumbre y emoción ante las posibilidades que preveía.

Cuando me fui del Acre del Diablo para volver a casa, lo hice pensando que terminar la secundaria y conservar el contacto con mis padres eran objetivos tan importantes como para aguantar un par de años más en Englewood. Pese a todo, presentía que los meses que transcurrieran entre el presente y mi graduación serían un tormento, sobre todo sabiendo que Emma y mis amigos vivían encerrados en bucles al otro lado del Atlántico.

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado en el transcurso de una noche. Puede que no tuviera que esperar. Puede que no tuviera que escoger entre una cosa y la otra: peculiar o normal, esta vida o aquella. Yo quería tener las dos, las necesitaba..., si bien no en igual medida. No me interesaban las profesiones de las personas normales. Ni formar un hogar con alguien que no entendiera quién era yo, ni tener hijos que ignoraran mi vida secreta, como le sucedió a mi abuelo.

Dicho eso, tampoco quería convertirme en el típico caso de fracaso escolar —no puedes incluir «domador de huecos» en el currículum— y, si bien mis padres nunca ganarían el premio a los progenitores del año, tampoco quería borrarlos de mi vida. Ni deseaba alejarme del mundo normal hasta el punto de olvidar cómo desenvolverse en él. El mundo peculiar me parecía maravilloso y sabía que jamás me sentiría completo sin él, pero también podía ser tremendamente estresante y abrumador. Por mi bien y el de mi cordura, debía conservar los vínculos con mi vida normal. Necesitaba el equilibrio entre ambos mundos.

Así pues: puede que el siguiente par de años no me sintiera como en una cárcel, mientras esperaba a que terminaran. Tal vez pudiera estar con mis amigos y con Emma y, al mismo tiempo, vivir en casa con mis padres. Existía la posibilidad incluso de que Emma asistiera a clase conmigo. ¡O todos mis amigos! Escogeríamos las mismas asignaturas, almorzaríamos juntos, participaríamos en estúpidos bailes de preparatoria. Qué buena idea... ¿Qué mejor lugar

que la preparatoria para aprender acerca de la vida y las costumbres de los adolescentes normales? Al cabo de un semestre se comportarían como normales de manera natural (incluso yo había aprendido a hacerlo, al final) y pasarían desapercibidos cuando saliéramos a explorar el vasto mundo de los Estados Unidos peculiares. Cada vez que tuviéramos un rato libre viajaríamos al Acre del Diablo para contribuir a la causa, reconstruir los bucles y, con algo de suerte, proteger la peculiaridad de futuras amenazas.

Por desgracia, la clave de todo este asunto era la reacción de mis padres. Podían tomárselo bien o estropearlo todo. Ojalá hubiera algún modo de que mis amigos vivieran aquí sin que mi mamá y mi papá se pusieran como locos, sin tener que caminar de puntitas en su proximidad, temiendo que salieran gritando a la calle al primer gesto involuntario de peculiaridad y nos metieran en un lío de los gordos.

Tenía que contarles a mis padres una historia creíble. Algo se me ocurriría. Algún modo de explicar quiénes eran mis amigos. Su presencia en la casa, sus rarezas, puede que incluso sus capacidades. Me estrujé los sesos buscando el relato perfecto. Eran unos estudiantes de intercambio que había conocido durante mi estancia en Londres. Me habían salvado la vida, acogido en su casa y ahora yo quería devolverles el favor. (El hecho de que este relato no se alejara demasiado de la realidad me atraía.) Casualmente también eran magos expertos que practicaban su espectáculo constantemente. Maestros de la ilusión. Creadores de unos trucos tan refinados que nadie era capaz de adivinar cómo los llevaban a cabo.

Tal vez. Tal vez hubiera un modo. Y entonces todo iría de maravilla.

Mi cerebro era una máquina de fabricar esperanzas.